

Ian Curtis: el imperio o la luciérnaga

Héctor Antonio Sánchez



Ian Curtis en el escenario. (Fotografía:
Lex van Rossen / MAI / Redferns)

NO PODREMOS GLOSAR nuestra propia muerte.

La escritura y el cine, y de modos más sutiles artes menos narrativas, nos permiten transfigurar los episodios de nuestra existencia tediosa en formas y aun obras cargadas de sentido, si las completan los símbolos de nuestras aguas mentales. Pero de nuestro capítulo final se encargarán los otros —si alguna vez se encargan—.

“¿Es un imperio/ esa luz que se apaga/ o una luciérnaga?” preguntó en su día, en un bello haikú, Jorge Luis Borges. Como todos los hechos del mundo, tendemos a interpretar, antes que a atestiguar la muerte. Pues ¿no es natural, y excusable acaso, ver en la forma de nuestra muerte una consecuencia del decurso de nuestra vida, como si toda, o casi toda nuestra existencia no hubiera sido sino su premeditación o su anuncio? ¿Quién apuntó la frase “dime cómo mueres y te diré quién eres”?

El tema deviene más incisivo en el caso peculiar de los suicidas. Pues los que contemplamos su término no logramos eludir la pregunta: ¿desde cuándo? ¿Cuándo brotó en su espíritu la negra semilla de su sacrificio? ¿Un impulso, acaso, hijo del horror o la ansiedad, del simple tedio? ¿O una respuesta largamente madurada al vacío primordial de la existencia? “*La préméditation de la mort est préméditation de la liberté*”, dijo en su hora, con acierto, Michel de Montaigne.

Por ello resulta tal vez disculpable ver en los últimos actos del suicida un informe de su pensamiento trágico, un reporte cuyos signos no supimos leer: en sus actos o en sus obras, si las hubo. En la memoria *Touching from a distance*, Deborah Curtis ha hecho el recuento de los últimos días de su célebre esposo Ian, vocalista —¿hará falta apuntarlo?— de Joy Division y acaso una de las figuras más legendarias en la tradición del rock inglés. Es un libro escrito con sencillez y sinceridad, en cuyos últimos capítulos la autora se allega al necesario camino sin salida: “*what if...?*”

Ian Kevin Curtis nació el 15 de julio de 1956 en Stretford, Lancashire, y decidió irse de este mundo el 18 de mayo de 1980. Contaba apenas veintitrés años. Las causas de su deceso son bien sabidas: padecía una epilepsia severa, inexplicable para los médicos, que cada vez reaccionaba menos a los medicamentos y más virulentamente al escenario. Padecía también una depresión profunda: Deborah refiere además una relación extramarital con la periodista Annik Honoré y el carácter silente de su esposo; un silencio que se cernía sobre la pareja y que en última instancia la condujo a su separación. (Y, ¿no es un misterio siempre —por suerte y por desgracia— el ser que amamos? “*L'enfer, c'est les autres*”).

Curtis mostró desde muy joven un talento singular para la poesía, y una inclinación por el arte y la música. Sabemos que fue lector atento de Kafka y que lo entusiasmaba W. B. Yeats: no en vano uno de sus temas, “Atrocity exhibition”, alude a una obra de J.G. Ballard. Parece que la víspera de su muerte bebió café y whiskey y vio *Stroszek* de Werner Herzog y escuchó *The idiot* de Iggy Pop. Al menos eso refiere Deborah en sus notas: si hemos de creerle, la mañana en que Ian se colgó de la cocina de su casa, en el 77 de la calle Bartron, en Macclesfield, la despertó el sueño

de unos versos famosos: *“this is the end, my only friend, the end. I’ll never look into your eyes again...”*. Era el fin de semana que precedía a una muy esperada gira por los Estados Unidos.

Pero acaso Ian, como piensa Deborah, nunca consideró pisar América, ni otro escenario, ante la evidente pérdida de sus facultades neuronales. *“He would lose control again”*. Pocos meses antes había tomado una sobredosis de fenobarbital, por la que debió ser internado. Y antes aun había completado su impecable carta de adiós: había grabado con la banda, en los estudios Britannia, su segundo y último álbum, *Closer*. Deborah no llegó a escucharlo antes de la edición póstuma: la pareja atravesaba una larga penuria, y no disponía en casa de una casetera (“si tan sólo”, se pregunta en su libro: “si tan sólo”...).

Tengo a la mano el delicado, sobrio vinyl de *Closer*. Algo hay en su portada de una honda raigambre clásica: una imagen en blanco y negro se recorta contra un llano fondo blanco. A la izquierda, una mujer arrodillada aprieta sobre su hombro, entre las suyas, la mano de un ser en pie detrás de ella, cuya cabeza se pierde en la penumbra del espacio: frente a ellos, otro cuerpo, seguramente femenino, se prosterna sobre el suelo en franca lamentación, pero no alcanzamos a conocer sus rasgos, pues una clara tela lo recubre. A un lado, entre las dos, otra mujer, cubierta en una toga, apoya su constitución, visiblemente afectada, contra el féretro que es causa de sus lamentaciones, y en cuya superficie se tiende —semejante al sueño—, el cuerpo sereno de un hombre barbado.

Es una fotografía del mausoleo de la familia Appiani, en el Cimitero Monumentale di Staglieno, en Génova. Es una tumba noble: la efigie de un hombre en el mármol que —inútilmente acaso— ha de preservar su forma. Una imagen itálica y siniestra: ¿no nos dio la península en Pompeya el más hermoso, inmenso, involuntario mausoleo que conservamos de la Antigüedad?

Hay quien duda de que en nuestro universo la casualidad exista. Hay quien piensa que todo en él es

accidente. Parece que Martyn Atkins y Peter Saville diseñaron la carátula sin conocimiento de la música, meses antes de la muerte de Curtis, a partir de la fotografía de Bernard Pierre Wolff. Es un diseño ejemplar para un álbum ejemplar, cuyos nueve temas devienen cada vez más sombríos: al final son francamente fúnebres. ¿No son esos sonidos de metales —logrados con sintetizadores— en “Decades”, la canción que lo cierra, una suerte de trompetas del Apocalipsis? ¿Y no reza ese mismo tema: *“here are the young men, the weight on their shoulders / here are the young men, well where have they been?”* ¿Dónde han estado? La pregunta hace eco de un viejo tópico literario caro, otra vez, a los latinos: *ubi sunt?* ¿Dónde están hoy, adónde se han ido quienes murieron antes que nosotros, los hombres grandes que nos precedieron y sus glorias?

Quizá los romanos intuyeron como nadie la esencia fugaz de nuestro sino. Pues sólo falta mirar brevemente el espejo para adivinar la propia calavera. Como contemplamos la muerte de otros hombres, adjetivamos la caída de las civilizaciones. ¿Sabían los antiguos romanos que no quedarían sino despojos de su vasto imperio? Un imperio o una luciérnaga. Dice Curtis:

*An abyss that laughs at creation,
A circus complete with all fools,
Foundations that lasted the ages,
Then ripped apart at their roots.
Beyond all this good is the terror,
The grip of a mercenary hand,
When savagery turns all good reason,
There’s no turning back, no last stand.*

¿No estaba aún tremendamente vivo en su generación el recuerdo del más delirante y breve imperio que hayamos conocido, el imperio que duraría mil años, cuando *“we saw ourselves now as we never had seen”*? Son claras las referencias al nazismo desde el nombre de la banda, como si sus integrantes resintieran aún la oscuridad en que se había ahondado el continente: *“instincts that can still betray us/ a journey that leads to the sun...”*

Hace algunos años, en cierto festival en la Ciudad de México, tuve ocasión de escuchar a New Order. Era noviembre y el viento frío de la estación calaba hondo en nuestros rostros, mas no en nuestro ánimo: de repente, en las pantallas brilló el rostro de Ian Curtis, en una célebre fotografía al micrófono, donde sus ojos clarísimos miran a las alturas, mientras los sobrevivientes de Joy Division interpretaban *“Love will tear us apart”*. Fue un momento tan conmovedor como emocionante: un recordatorio de cuanto había atisbado en su fugacidad un hombre que murió antes de mi nacimiento.

Tengo para mí que Ian Curtis vislumbró el horror de la existencia. La isla del horror en este mar de aburrimiento. Sí: la enfermedad es parte de la vida, pero en el Reino que nos han dado en promesa, la muerte y el dolor no serán más. El reino de este mundo anuncia

que la juventud está exenta del dolor: que el cuerpo joven está cerrado por igual a enfermedad y muerte. No otro es el sentido de la estatuaría clásica. Demasiado joven y demasiado afectado, Ian Curtis acaso intuyó, como los romanos sobre su imperio, el horror que se cernía sobre su espíritu y su materia.

Y, en el testimonio de su propio destino, dejó hermosos versos que, tal vez por mero capricho, tal vez por accidente, nos hablan de nuestro sino: una esfera perdida en un mar de horror y tedio. No volveremos a existir, por lo que sabemos. Pero lo nuestro son sólo atisbos, aproximaciones, reflexiones sobre el tiempo mientras aún tenemos tiempo. *“Each ritual shows up the door for our wanderings, open then shut, then slammed in our face”*. Hasta que se nos llegue el tiempo, allí donde no existe el tiempo, y quizá nada. **▲▲**

Joy Division, durante un concierto en Rotterdam. (Fotografía: Rob Verhorst / Redferns)

